

DÉDALO CAMILO BOGOYA*

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA,
MEDELLÍN, 2020, 187 P.

Andrés Vergara Aguirre¹

* **Cómo citar esta reseña:** Vergara Aguirre, A. (2021). Reseña del libro *Dédalo* de Camilo Bogoya. *Estudios de Literatura Colombiana* 49, pp. 269-271. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n49a16>

¹ <https://orcid.org/0000-0002-5304-6550>
andres.vergara@udea.edu.co
Universidad de Antioquia, Colombia.

Dédalo es una novela preñada de hibridez, en la que se entrelazan de manera inteligente la historia del mítico artesano que construyó el laberinto para el Minotauro, y la historia del secuestro de una joven en la Colombia contemporánea, quien es sometida a un cautiverio que nos recuerda no solo que el secuestro es uno de los más crueles e ignominiosos actos contra el ser humano, sino que además en algunos casos la crueldad puede ir más allá de todo límite. Así, vemos a una muchacha encerrada en una celda en la que tiene muy poco espacio para moverse, donde debe aguantar hambre durante muchos días, mientras ve cómo el perro de la guardiana —otra bestia feroz— se toma la sopa y devora los huesos que ella quisiera comer, aunque se tratara de huesos humanos.

Dédalo es una historia dura, que nos deja ver la agonía de una secuestrada que lucha por sacar fuerzas de la imaginación para mantenerse con vida, mientras el hambre y la exposición a la intemperie la van devorando hasta que la piel apenas le forra los huesos, y aun vemos cómo uno a uno va perdiendo sus dientes.

Editores: Andrés Vergara Aguirre, Christian Benavides Martínez

Recibido: 13.05.2021

Aprobado: 21.05.2021

Publicado: 30.06.2021

Copyright: ©2021 *Estudios de Literatura Colombiana*. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



El modo como se entrelazan las dos historias —la mitología en la antigua Grecia y la violencia en la Colombia contemporánea— se convierte en una sugestiva invitación a reflexionar sobre muchos aspectos que se cruzan en ambas secuencias. La actitud mezquina que asume Dédalo, cuando celoso porque el talento de su pequeño sobrino es un anuncio de que se convertirá en su digno sucesor, y que hasta podría superarlo, decide asesinarlo, y las relaciones entre los monarcas y entre los mismos dioses, por ejemplo, mediadas por la envidia, los celos, la vanidad, las traiciones y el rencor, guardan similitudes con las relaciones entre los políticos y los poderosos en nuestro país hoy, como bien lo advierte la secuestradora, cuyo discurso y contexto permiten concluir que ella pertenece a un movimiento guerrillero.

En el mismo sentido, al leer sobre el laberinto del Minotauro y los catorce jóvenes atenienses que cada año eran arrojados allí para que los devorara aquella criatura híbrida, podemos pensar que existe cierto paralelismo con las historias de muchos de los jóvenes colombianos, que consuetudinariamente son arrojados a las fauces de ese monstruo de la violencia, cualquiera que sea el ejército del que formen parte —de izquierda, derecha o delincuencia común—. Al fin de cuentas, en medio de la orgía de sangre se vuelve muy difícil distinguirlos. La misma Flora, secuestrada, está atrapada en ese laberinto, y tendrá que echar mano de todo su ingenio en el intento de salir de allí; no obstante, aunque lograra encontrar la salida, ya las cosas nunca más serían como antes de aquella pesadilla.

Esta es una novela corta, de 187 páginas que son suficientes para dejar una profunda reflexión sobre las violencias que estremecen a Colombia. Así nos lo recuerda uno de los personajes cuando advierte que “Al país lo están exhumando, región por región” (p. 185). Con esto alude, por supuesto, a los miles de desaparecidos desperdigados a lo largo y ancho del territorio colombiano, en crímenes protagonizados por los distintos actores en contienda.

La narración está distribuida en 38 capítulos cortos, donde se alternan sobre todo las voces de tres de los personajes, que asumen la narración en la mayor parte del relato, y donde Flora, la secuestrada, gana un rol protagónico, pues es precisamente ella una especie de Sherezade que se esmera por despertar la curiosidad de la guardiana con los relatos que le va contando, algunos de su propia vida y otros ajenos, para ganar tiempo, tiempo que se vuelve prolongación de la agonía pero también una esperanza de sobrevivencia, y de aplacar la crueldad de la otra mujer, que al comienzo

se muestra dura, fría, impermeable. Y una de esas historias es precisamente la del mítico Dédalo, una historia que muchas veces le contaría a la niña Flora su padre, un bibliófilo vendedor de ediciones de lujo antiguas, que por cierto lleva mucho tiempo sin vender un ejemplar.

En cuanto a la escritura, la novela muestra buen dominio de las técnicas narrativas. Hay una clara diferenciación, por ejemplo, entre el relato de Dédalo, narrado por uno de los personajes pero con palabras prestadas, en un tono y un estilo que le dan mayor credibilidad al discurso —y que evidencia una gran deuda del autor con el maestro Jorge Luis Borges, cuyo magistral cuento “La casa de Asterión” encuentra una gran resonancia aquí—, y el relato del presente, con unos lenguajes y unos tonos mucho más próximos a nuestra realidad, con algunos giros coloquiales, por ejemplo, e incluso con algunas palabras mal empleadas o mal dichas, en el discurso de un personaje malhablado como la guardiana, con lo que se busca mayor autenticidad, incluso cuando escucha los relatos mitológicos y los apropia en su lenguaje y en su realidad, como en este pasaje, que es su reacción al escuchar la historia de Ícaro y sus alas de cera derretidas por desafiar al sol:

de aquí hasta donde termina la vista hay gente que echó a volar y le quemaron las alas y la ropa y las fincas se las chamuscaron, gente brava, como nosotras, que quiere coger el sol entre las manos, que quiere llegar lejos, y vea lo que pasa, gente joven, sin peso en los hombros, gente que se desboca y no tiene freno [...] gente que vuela muy alto, y de lo alto se estrellan, se dan contra el cielo, y de ese totazo nadie la levanta a una, como usted dice, una historia muy triste (p. 140)

Y a propósito de este párrafo citado, que comienza en minúscula y termina sin punto —valga la aclaración—, esta es parte de la técnica utilizada por el autor para marcar diferencias entre los distintos discursos del relato, por ejemplo, y también para indicar la relación de continuidad —o en algunos casos de discontinuidad— entre las narraciones.

Camilo Bogoya estudió literatura en la Universidad Nacional de Colombia; hizo su Maestría en Literatura Comparada y su Doctorado en Literatura Francesa en la Universidad de París III (Sorbonne Nouvelle). Se desempeña como profesor de Literatura en la Universidad de Artois, Francia. En su producción se refleja un consumado lector, y también se muestra un escritor llamado a dejar una gran obra. Con esta novela obtuvo el Premio Nacional de Novela Universidad de Antioquia en 2019.